—¿Las gracias?... Después de todo, puede que tengas razón; la verdad es que al ver á mi mujer cruzó por mi mente una idea terrible: pensé que me era infiel, que iba á aquella casa en busca de un amante, que había dejado de quererme, y... ¿lo creerás? pues sentí celos, celos atroces, y por primera vez me pareció la más hermosa de las mujeres... sin duda porque ya no la consideraba mía. ¡Buen susto me dió! todavía se me estremecen las carnes al recordar aquella escena. Afortunadamente...

—Sí, afortunadamente hicistes las paces.

—Ella no quería, pero...

—Pero las hizo; ya había previsto yo el desenlace. Conque confiesa que no son recriminaciones lo que merezco, sino tu gratitud, puesto que he contribuído á tu dicha. ¡Pobre Margot! sólo cuando pensaste que era indigna de tí, lamentaste no haber sido digno de ella. Afortunadamente fácil le fué probar su inocencia y aplacar tus furiosos celos. Desengáñate, Pablo, es una locura buscar en la calle la felicidad, cuando se tiene en casa.

Casimiro Prieto.

POST NUBILA

Ví abrirse entre clamores muchas tumbas
y cerrarse más tarde en el silencio;
mentido alguna vez, estéril siempre,
el coro de alabanzas llegó luego.

—

Buen padre, buen esposo, buen amigo,
ciudadano sin par, sublime ingenio,
cuantos mueren lo son; en esta vida
ni fácil es, ni necesario serlo.

—

¡Por eso yo, que de esperanzas vivo,
con esta realidad á veces sueño,
y soy feliz soñando, porque escucho
lo que dirán de mí después de muerto!

Manuel del Palacio.

EN UN ÁLBUM

El primero en estampar
aquí mi nombre modesto,
me parece haberle puesto
en el mármol de un altar.

—

Verdes hojas de laurel
ó algún himno á tu belleza,
darte quiso la fineza
de mi amistad noble y fiel.

—

¡Vano alarde! ¡Huyó veloz
la juventud! Sólo ella
rayos gloriosos destella
y alza armoniosa la voz.

—

Árbol quebrado no da,
Lola, ni sombra, ni fruto;
harpa cubierta de luto
mejor en silencio está.

—

Otros en grata oblación
canten tu olímpica gracia,
ramo elegante de acacia
velado en fino crespón.

—

Mudo yo te admiraré...
¡Y cómo no! Si orgullosas
brotan simbólicas rosas
donde deslizas el pie!

—

Mi verso humilde, el rumor
imita del vago viento
entre ruinas, y un lamento
sólo es ofrenda al dolor.

—

Feliz el estro genial
¿quién de poseerle ¡ay! presume?
que fijara aquí el perfume
de alguna flor inmortal.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

1887.

Los dos Fritz

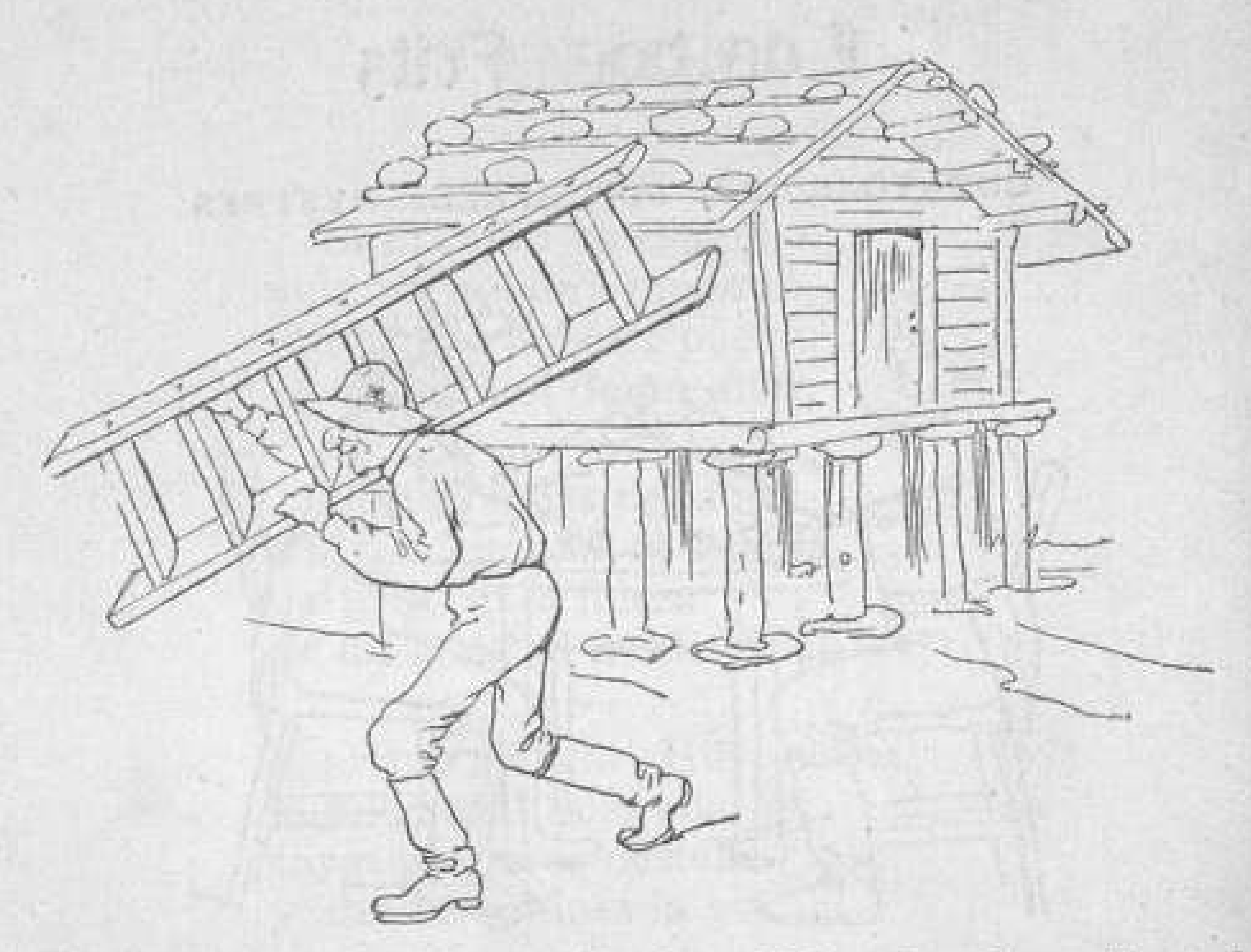
CUENTO SUIZO, POR APELES MESTRES



Antiguos vecinos y excelentes amigotes, Fritz el bueno y Fritz el malo, iban todos los domingos á echar su copita de kirsch á la posada de la Cruz federal.



Regresando pacífica y fraternalmente al anochecer á sus respectivas casas, situadas en una de las vertientes del valle del Ródano.



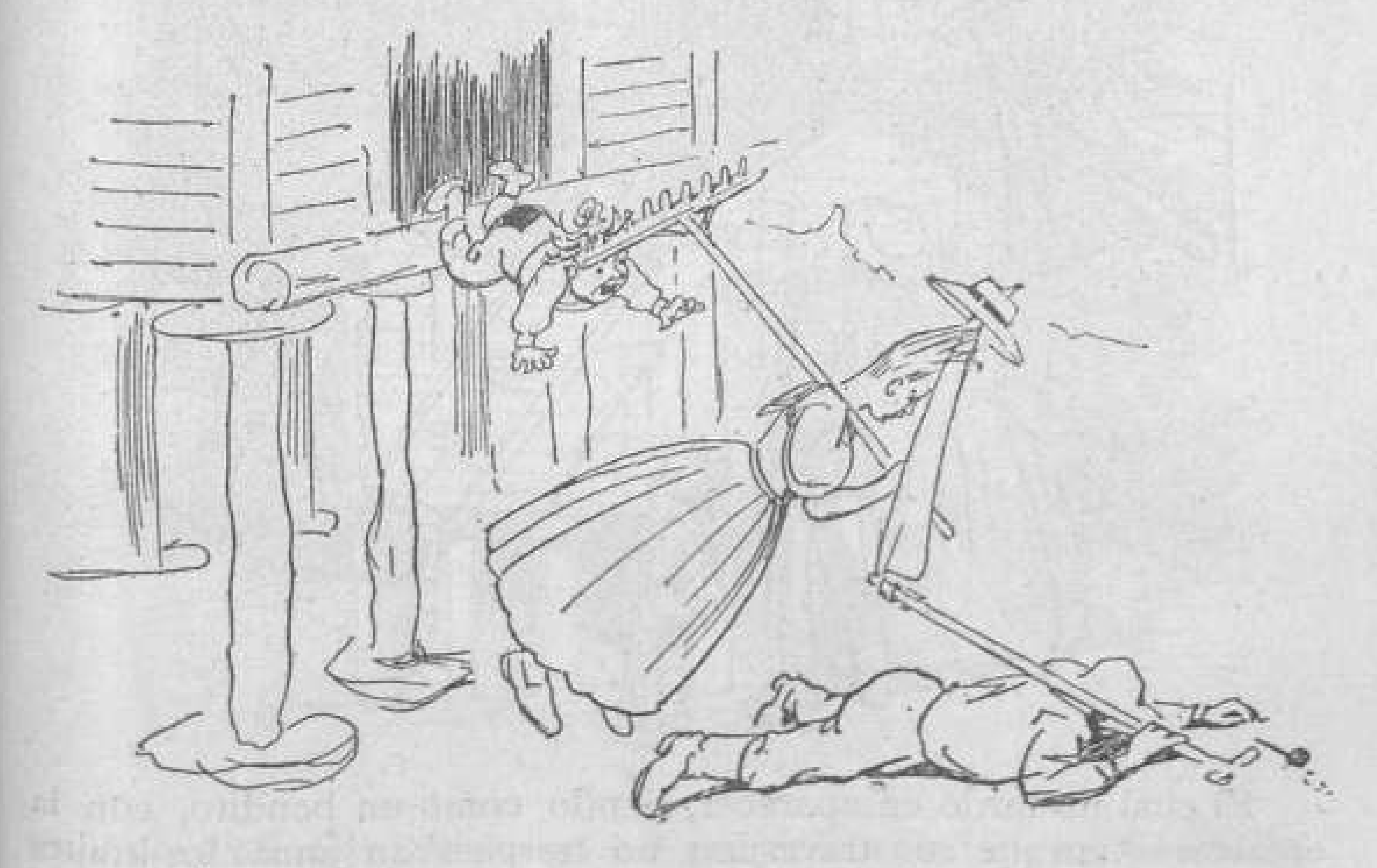
Un día, al levantarse, ocurriósele á Fritz el malo — llamado así por sus travesuras — quitarle la escalera á Fritz el bueno.



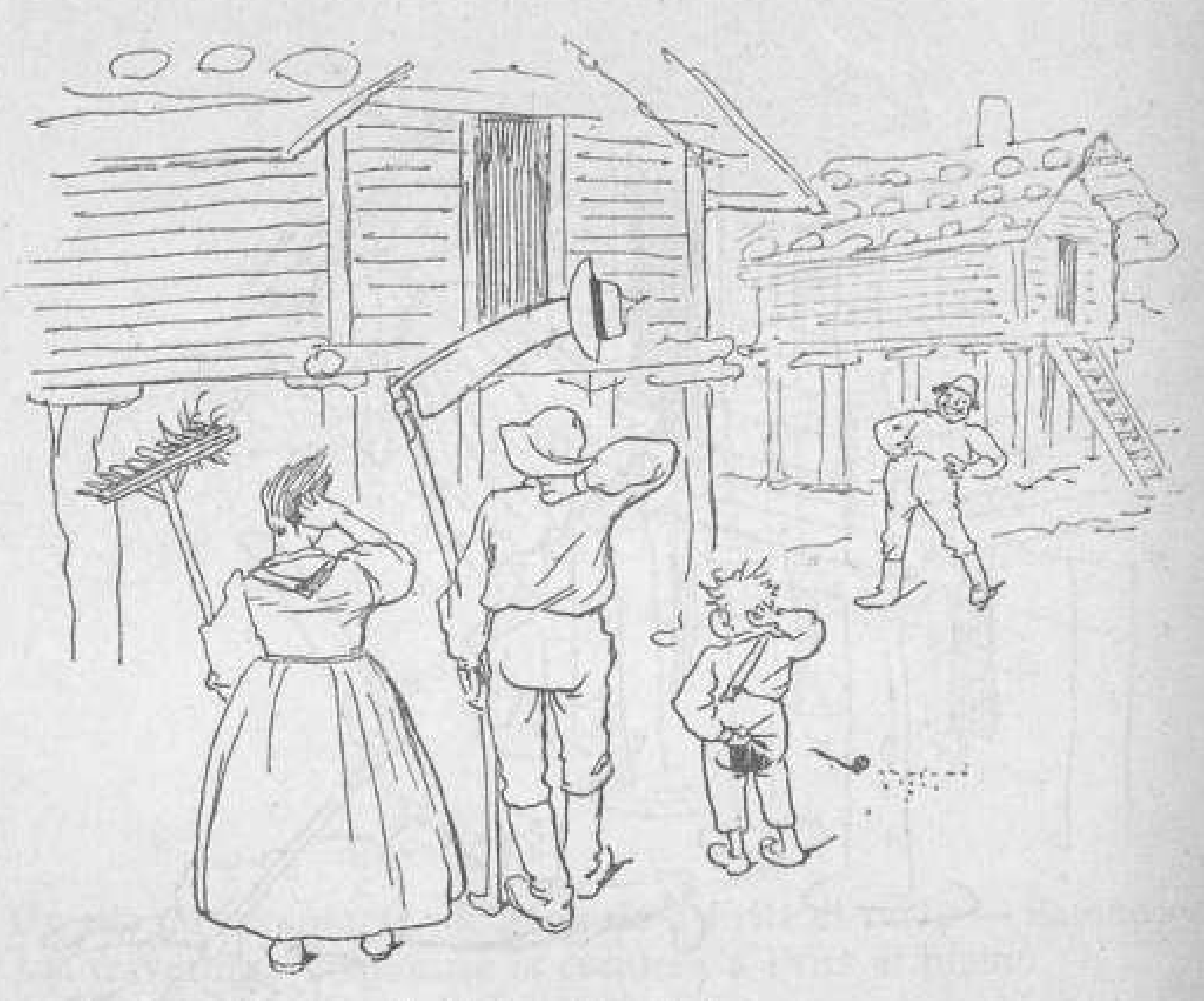
El cual, al salir para ir á sus faenas cotidianas, dió con su cuerpo en el suelo.



Compartiendo su suerte su fiel esposa...



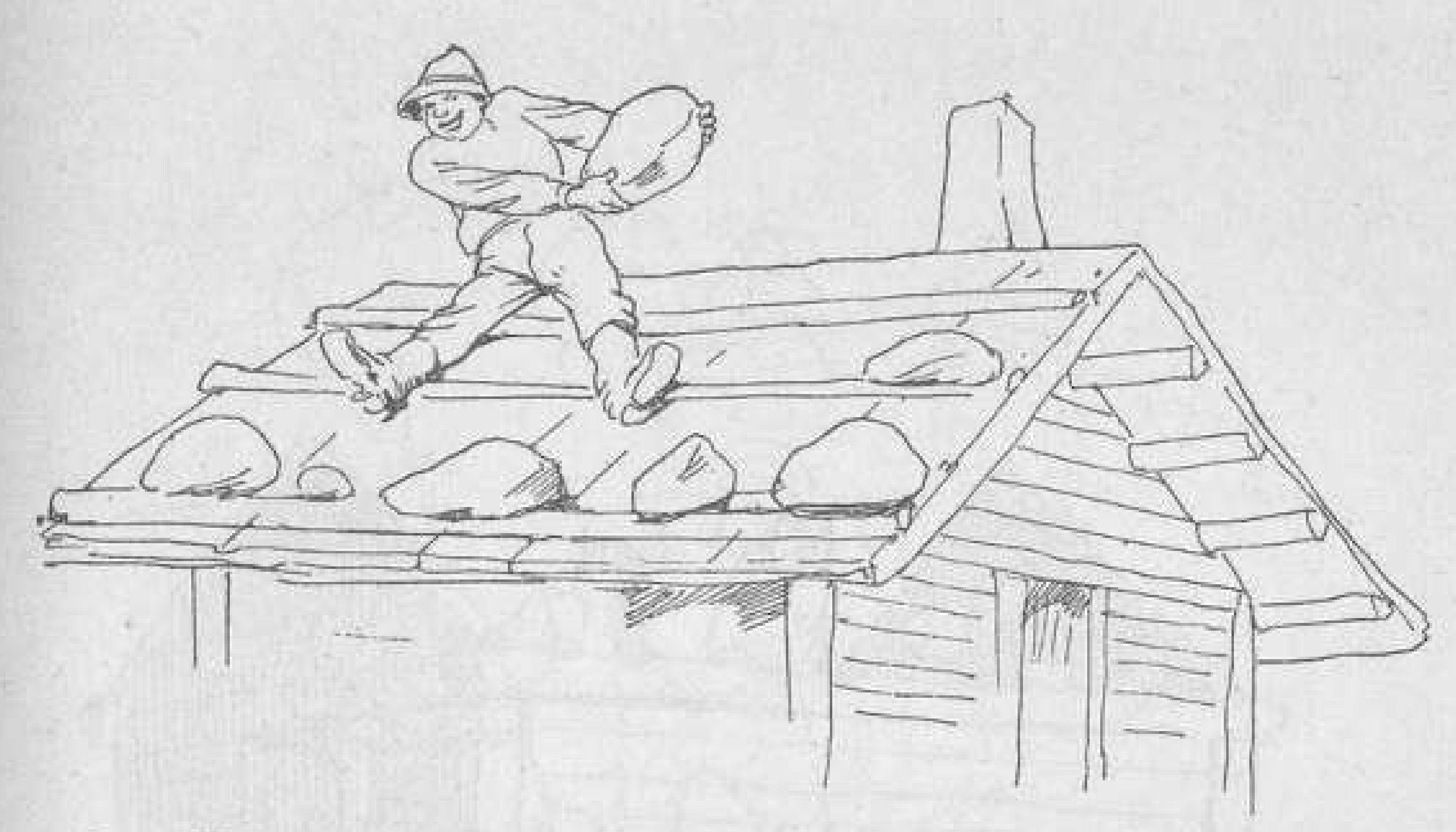
y su tierno vástago.



Nada. Una broma de Fritz el malo!

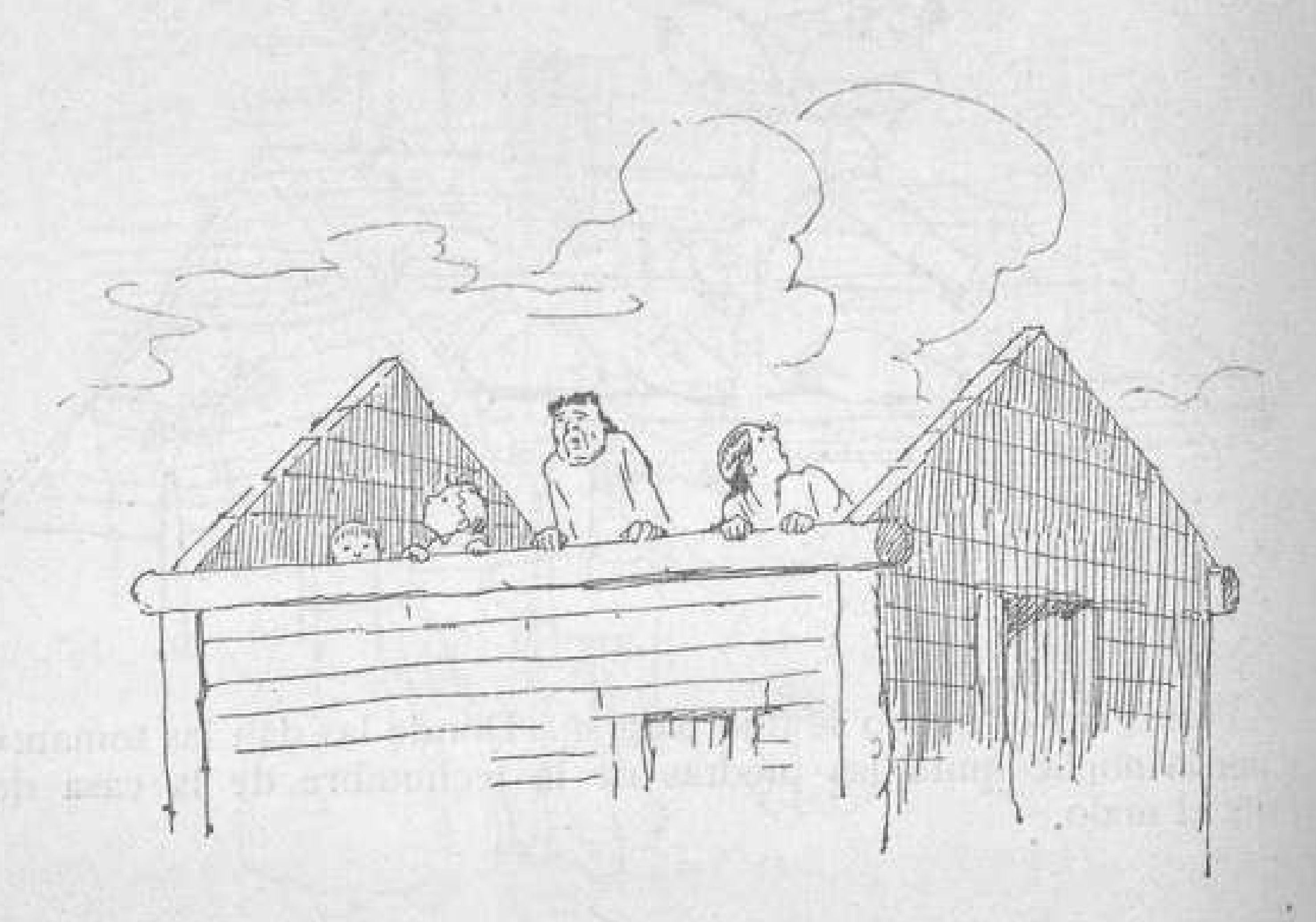


El cual no tardó en aparecer, riendo como un bendito, con la escalera — porque sus travesuras no traspasaban jamás los límites del buen género.

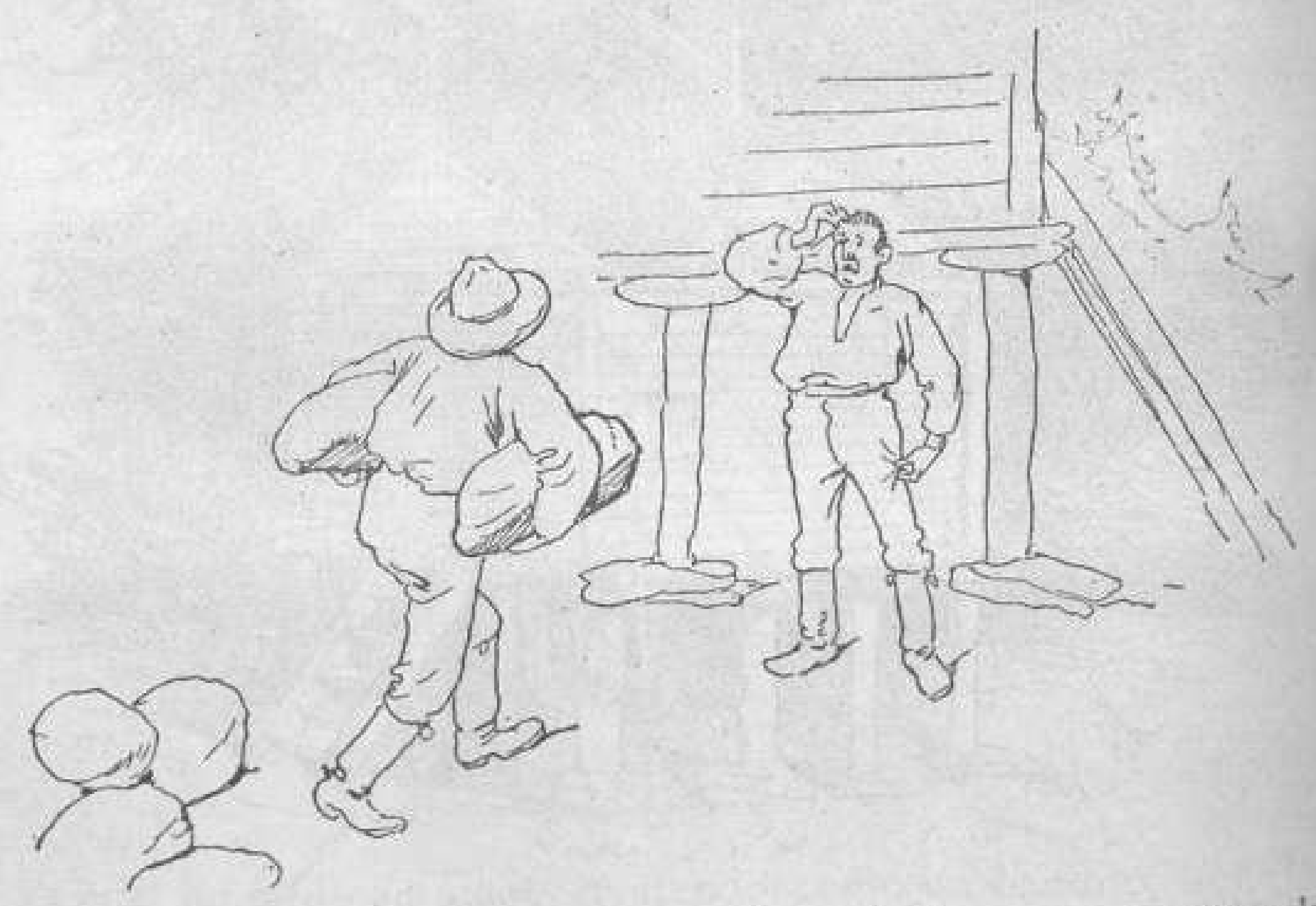


Pero Fritz el bueno se dijo para sí: «Donde las dan las toman;» y por la noche quitó las piedras de la techumbre de la casa de Fritz el malo.

Y como aquella noche soplaba el *fœhn* con toda su fuerza, llevósela Dios sabe dónde.



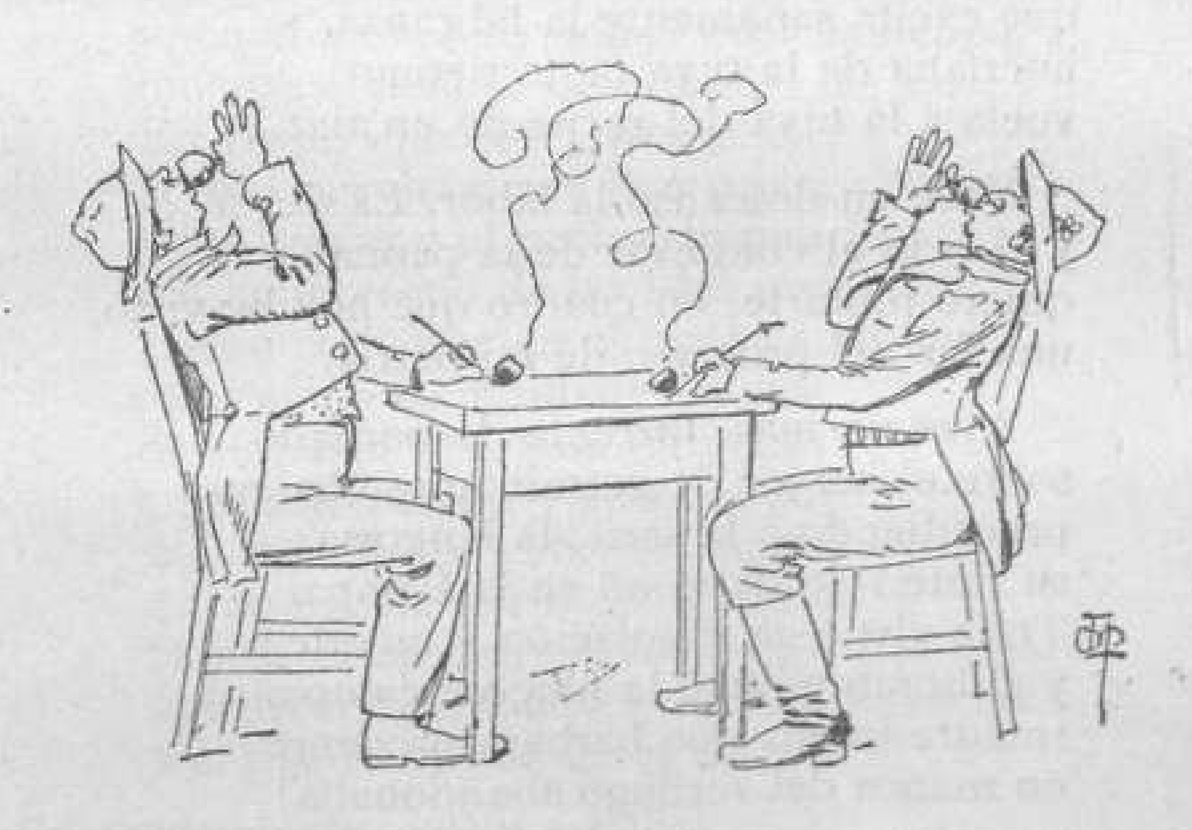
Imaginaos la sorpresa de Fritz el malo al despertar y encontrarse el firmamento por techumbre.



Naturalmente, Fritz el bueno no llevó la broma más allá y le devolvió las piedras.



Celebrando cada cual grandemente la jugarreta de su vecino.



Y excelentes amigotes, como siempre, el próximo domingo echaron sendas copitas de kirsch en la taberna de la Cruz federal.

TRIUNFO DE LA COSECHA SOBRE DESTRUCCIÓN DE LANGOSTA



Por acallar las mal sonantes voces
que en mi conciencia conmovida estallan,
transcurridos tres años en silencio,
te escribo al fin. Mi vida solitaria
entre el estudio y goces repartida,
que excita sanamente la labranza,
huérfana de la tuya tanto tiempo
vuela á la tuya del recuerdo en alas.

Yace en descanso la labor. Es siesta
y el ocio al conllevar de la peonada,
quiero pintarte, en cuadro que hoy he visto,
una faz del progreso de mi patria.

Ayer no más, torrente desbordado
sobre el hervor de germinantes chacras,
precediendo á la seca, la langosta,
su tinte rojo derramó en la Pampa.
Todo vistió en desolación y muerte;
y el hombre huyó la fúnebre campaña:
¡madre infeliz que bárbara progenie
en manos del verdugo abandonaba!

Hoy no es así. Falanges decididas
palmo á palmo la tierra arrebatada

disputan ya. Las naves en el puerto,
cual doble fila de gaviotas blancas,
esperan la cosecha portentosa
con hambre de cereal... Escucha, amigo,
mi pobre esfuerzo en la sin par batalla.

—

Son las cuatro. El silencio se despierta,
y escapando con tímida pisada,
huye al sonido del primer gorgeo
de chiviros, ratonas y calandrias.
El chiviro, insolente faraute,
es el primero que la luz proclama,
ensalzando, pedante incorregible,
la excelsa dignidad de su prosapia.
El gran madrugador despierta á toda
la inquieta corte de la gente arpada,
y se va, repitiendo hasta las islas
que *Juan Chiviro,*[1] muy señor, se llama.

Como él, saltando del caliente nido
y en busca de la luz, ya la ventana
abro; y palpita el inmortal paisaje
bajo el rayo de amor de la mirada.
Figúrate la aurora: aquella aurora
que tantas veces sorprendió mi planta,
cuando, insaciable borrachón de luces,
nunca, como hoy, hasta las diez roncaba...
Es la misma. ¿La ves? La erguida flecha
del aliso tiñó con luz rosada;
y, en el alto *mangrullo,*[2] cual flamenco,
muéstrase ansiosa de extender las alas.
En visión indecisa y tremulante
acrece su mirár; ora le apaga...
y los brazos y el pecho sonrosados
del hondo seno de las islas saca.
Luego convierte en chispas una á una
del Paraná las nítidas escamas;
de su fatiga se reposa un punto
en el rojo ceibal; y entre la parda
niebla sutil que cubre la laguna
á tierra firme por doquiera salta.
Donde encuentra el ribazo en corte á pique
se detiene un momento... al fin lo escala
y el pálido cendal color de rosa

[1] Grito onomatopéyico de la avecilla.
[2] Miradero especial constituído por árbol altísimo, del que están provistas por lo general las habitaciones isleñas.

con lento paso por el campo arrastra...
¡Vieras, entonce, el pastador ganado,
puntos movibles que á lo lejos pasan,
absorbiendo los prístinos albores,
tachonar en contorno la campaña;
lentamente acercarse entre la niebla
paciendo allí y acá la hierba ansiada
y estirar la cabeza armi-mugiënte
á saludar la luz de la mañana!

Pero ya vibra en el tendido llano
la vigilante voz de la campana
que baja, cual traviesa terneruela,
hasta el húmedo pie de las barrancas.
Suena ruïdo de agitadas puertas
al encanto febril de su llamada,
y catorce peones van llegando
colgado el saco sobre el ancha espalda...
Elegidos con traza uno por uno,
entre aquellas legiones veteranas
que, en era de esplendor para nosotros,
la vieja Europa derramó en la Pampa,
ostentan satisfechos y orgullosos
la piel curtida, fuerte la mirada,
en la robusta plenitud de vida
con que indeleble les selló mi patria!

Hoy vamos todos á matar langostas:
que la sedienta tierra envenenada,
deja escapar por sus abiertos poros
como explosión la maldecida plaga.
Esta que hoy nace es la fatal progenie
de aquella que asoló nuestra comarca,
y que sembró de sal tanto rastrojo...
y de miseria, poblaciones tantas!

¡A combatir! Las botas se han trocado
por la ligera y dúctil alpargata,
que, á la tropa en derrota, velozmente
entre la *quinua* [1] y *esportillo* alcanza.
Las camisetas de algodón, sin cuello,
descubren, al plegarse, arremangadas,
los brazos de los férvidos campeönes
como infrangible varejón de tala.
Las gruesas bolsas que el maíz guardaron
las que del trigo amontonada vacan,

[1] Especie de *Carhtamus* americana

al salir del pilón en que se mojan,
llorar parecen la cosecha ansiada!

Hasta el rastrojo que invadió el insecto
el vengativo grupo se adelanta;
y arrollando á su paso en amplia curva
la innúmera legión desatentada;
entre los surcos del maíz, que cruje
como cardón que reventó la llama,
un círculo formamos los quince hombres
que cerrándose va como tenaza.
Escondidos los pechos: balanceantes
los rudos brazos que en sudor se bañan,
al paso de acordados segadores
reuniendo vamos la sutil manada.
Aquella mancha negra que el camino
cubría en parte, y la orgullosa alfalfa,
y el ángulo saliente del rastrojo,
en *turba-multa* por el pasto avanza...
La gramínea que espera, hace ya días,
del carpidor la retajante pala,
inclina sus hojuelas bajo el peso
de aquella muchedumbre desalada...
A medida que el ángulo se cierra
achica y ennegrécese la mancha:
y, en un solo montón, cien mil montones,
tiñen por fin la polvorienta *playa* [1].

¡Es aquí! ¡Es aquí! ¡Los ojos, todos,
proclamándolo están! Ya la sembrada
tierra lejos quedó y aquí, sepultas,
yacen en sueño eterno las vizcachas.

Ya el círculo es pequeño. Ya los brazos
los del vecino en su labor alcanzan;
y las bolsas mojadas se entrechocan
barriendo sin cesar la tierra blanca [2].
El polvo levantado en torbellinos
con el insecto saltarín se empasta,
le hace caer cien veces, y cien veces,
entre otros mil agonizantes, le alza.

Mientras hierve el caótico conjunto
revienta el sol bruñendo las barrancas,
y en vasta inundación de aguas de oro
por el verdeänte campo se derrama...

1 Parte gredosa de terreno inculto.
2 Playa de las vizcacheras.

Como aguacero torrencial de lumbre
todo el confín de la extensión abarca,
y á latigazos con mil fustas vívidas
la niebla matinal rompe y levanta.
Todo se anima con calor de lucha,
vigor inmenso la planicie exhala,
y resplandecen con ondeär de fuego
las del maíz blandilucientes lanzas.

Doy entonces la voz; y los jadeantes
pechos saliendo, rectas las espaldas,
cual elásticos muelles repelidos
los brazos todos á la vez se alzan
y caen! Y entre el flotante polvo
monstruo parece que la tierra escarba,
revolviendo sus élitros potentes
y batiendo con fuerza las treinta alas!
Un acre olor de gelatina pútrida
suelta de sí la acometida manga,
y redoblan su peso á cada golpe
las mortíferas bolsas empapadas.
Ni el grupo se percibe, ni del grupo
el centro á ver en el turbión se alcanza;
mas ya el hervor aminorar se siente
y el hondo y vivo golpear se aplaca...

Como caldero en cuyo hirviente seno
por calmar su bullir virtióse agua,
súbito yace el hervidero extinto
luciendo al sol en gracitosa mancha.
Por aquí, por allá: del trébol seco
y flamante gramínea entre las matas;
en el penacho audaz del *pasto fuerte*, [1]
ya la diezmada población se salva.
Huyen bien pronto con fragor de lluvia
que la reseca tierra castigara,
y en dispersas columnas, indecisas,
atontecidas en contorno vagan...
En la próxima mota se ennegrece
de más en más del cardo el ardua espalda;
es el postrer baluarte que ha buscado
la rota y débil gente acorralada.
Cual respondiendo á misterioso impulso
todas, allí, dirígense agrupadas;
y en hormigueo colosal revuélvense:
dijérase que de la muerte en ansias!

[1] Festuca.

Ora uno, ora otro; aquél más tarde
vamos cesando el golpear. Las laxas
y quemadas facciones, son espejo
donde el impulso pasional se marca.
Uno que fué en desgracia chacarero
descubre el goce cruel de la venganza;
éste la complacencia, y todos juntos
la noble luz de la labor humana.

El grupo ya descansa entre la hierba...
el vivo sol en su fulgor le baña.
Del hogar, allá al lejos, en columnas,
el humo cariñoso se levanta...
Mugen las vacas, en contorno de ellas
los terneruelos, duro el lomo, saltan
hoscosos hacia el tren, que en el vecino
puente con rudo crepitar resbala.
Son las doce del día, y como se oye
la amiga voz sonar de la campana
que hora nos brinda bien ganado almuerzo,
el vivo grupo se repone en marcha.

Al penetrar, de vuelta, en el rastrojo,
parece que agitándose las chalas
mil bendiciones al pasar nos dicen;
y los obreros que el galpón levantan
al golpear en las clavadas vigas,
del zinc haciendo revibrar las chapas,
pueblan el aire en trueno retumbante
que, en son de paz y embriagadoras dianas,
la siempre invicta voluntad del hombre
la gran cosecha y la victoria canta!

Tú que el ambiente de la gloria espiras
y en la sabia Madrid la vida pasas
descifrando problemas y tallando
de gloria en bloque tu soberbia estatua,
benevolente acoge, del amigo
que, aunque en silencio, te recuerda y ama,
estos, por siempre efímeros, renglones
del fondo escritos de la inmensa Pampa.

Francisco Soto y Calvo.

«La Ribera» Ramallo, Provincia de Buenos Aires.

GRUÑE QUE GRUÑE

Las personas de genio violento, descontentadizas y gruñonas, son poderosos elementos para el progreso humano.

¡La cara que pondrán algunos de los que lean esta afirmación!

No faltará quién diga para su capote que el mal genio nada tiene que ver con el progreso.

Sí, señores: seguiríamos con el sistema de vida que llevaron Caín y Seth, (porque Abel fué sistema de muerte el que siguió), si no fuese porque los que gruñen por todo aguijonearon el deseo de inventar en los que poseían ese don precioso y los empujaron por la senda de las mejoras y descubrimientos.

Cuando se usaba la pajuela es evidente que los gruñones de aquel tiempo estarían renegando por el olor insoportable del azufre y la molestia del pedernal y los inconvenientes de la escasa llama que producía. Y tanto se quejarían que animaron al inventor de la adaptación del fósforo á los usos industriales á que hiciera sus, en un principio, peligrosos ensayos y les entregara al cabo de algunos años el elegante, mixto, fósforo, cerillo ó velilla.

¿Creen ustedes que hemos llegado al punto en que los descontentos no tengan nada que decir?

Ni con mucho. Se oyen las más duras quejas por si meten ruido los fósforos; si despiden chispas que queman; si entran pocos en caja; si son cabezones ó descabezados; si debían inventarse fósforos que no hubiera necesidad de rascar en la lija... y así por el estilo hasta que logren que alguno invente un fósforo que se encienda con el del pensamiento.

Ya ven ustedes si hay notable y ventajosa diferencia del velón, del candil, de la tea, como medios de alumbrado, al gas y á la luz eléctrica. Pues oigan ustedes á los gruñones y verán cosa buena. Que el gas oscila, que daña la vista la luz eléctrica, que alumbra menos que el sol, que no sirve para nada; y es

necesario inventar un astro luminoso para el servicio de cada gruñón...

Y por fin lo conseguirán.

En los medios de locomoción no se quedan atrás en sus quejas. Desde la venerable carreta que necesitaba semanas para ir de Buenos Aires á Tucumán hasta el expreso rápido que va en un día hay tanta distancia como la que encuentra el gruñón entre el expreso y lo que él necesita para estar satisfecho.

Un retraso de diez minutos en la llegada del tren le hace renegar de todo y pedir al progreso nuevos milagros.

Le llama tren-carreta, insoportable, inútil, imposible, y está dispuesto á pedir la guillotina para los ingenieros y maquinistas y cuantos intervienen en el movimiento de trenes.

Es claro que al oirle vociferar contra los trenes que se retrasan no faltará quién procure inventar uno que vuele para evitar las paradas en las estaciones.

Hace algunos años que era imposible, de todo punto imposible, hablar dos personas á distancia de un kilómetro una de otra. No había bocina, ni trompeta que salvara esa distancia. Apercíbese Edisson de esa falta y crea el teléfono eléctrico. Pues oigan al gruñón quejarse de que no se oye claro, de que no andan bien las manivelas ni los tímpanos, y reniega del invento que no vale un pito.

Cuando lleguen á Edisson esas quejas, á pesar de ser sordo, se consagrará ardorosamente á resolver el problema de hacer un aparato por el que se llegue á este resultado práctico: Al ponerse en comunicación á tres mil kilómetros de distancia aparecerán los comunicantes en persona conducidos en volandas por el misterioso fluido; y una vez terminado el coloquio, instantáneamente serán devueltos á sus respectivas familias. Así se podrá pedir dinero telefónicamente y hasta se podrá no darle.

Y en todo sucede lo mismo. Si todos fuéramos de buena pasta, que nos conformáramos con lo que nos dieran y nos entusiasmásemos con cualquier mejorilla, los inventores se dedicarían á freir buñuelos y comérselos fuera de hora.

Así, pues, levantemos estatuas á los hombres de mal genio, impertinentes, gritones, descontentadizos y peleadores, porque de ellos es el reino del progreso.

¡Gloria en la tierra á los rabiosos y paz en las alturas á los hombres de buena madera!

ENRIQUE ORTEGA.

TRIBUTO

Soledad querida, Soledad hermosa,
dedicarte un himno te ofrecí en tu boda;
mas vino la muerte, penetró en tu alcoba
y al verte tan bella, cogiéndote en brazos,
te llevó á la fosa.

Vestida de blanco, cubierta de rosas,
entre cuatro cirios te ví en la parroquia,
el sol de la tarde besó tu corona,
y al dejarte en tu lecho de arcilla
bajaron las sombras.

Al verte dormida como una paloma,
cerrados los ojos y viendo la gloria,
¡temblé por lo triste, lo negra, horrorosa
que sería tu noche en la tumba
para siempre sola!

¿Por qué muere el ave? ¿Las flores se agostan?
¿Por qué Dios destruye sus mejores obras?
¿Acogen los muertos rezos y congojas?
Y si las escuchan ¿por qué no contestan
y al mundo no tornan?

¡Qué lejos te has ido!... ¡Qué oculta! ¡Qué honda
te guarda la muerte debajo una losa!
Al pie de tu casa los amores lloran,
y preguntan, notando tu ausencia:
«¿Qué fué de la hermosa?»

¡Ay! ¡quién sospechara, que fuera tu boda
la paz del sepulcro, la nada y la sombra;
que te amortajasen manos piadosas
y que fuera tu blanca mortaja
tu traje de novia!

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

1893.

NUESTROS COLABORADORES



Don Rubén Darío

DISTINGUIDO POETA DE LA REPÚBLICA DE NICARAGUA

ESTE ES EL CUENTO

DE LA SONRISA DE LA PRINCESA DIAMANTINA

Cerca de su padre, el viejo Emperador de la barba de nieve, está Diamantina, la princesa menor, el día de la fiesta triunfal. Está junto con sus dos hermanas. La una viste de rosado, como una rosa primaveral; la otra de brocado azul y por su espalda se amontona un crespo resplandor de oro. Diamantina viste toda de blanco; y es ella así, blanca como un maravilloso alabastro, ornado de plata y nieve. Tan solamente en su rostro de virgen—como un diminuto pájaro de carmín que tuviese las alas tendidas—su boca en flor, llena de miel ideal, está aguardando la divina abeja del país azul.

* * *

Delante de la regia familia que resplandece en el trono como una constelación de poder y de grandeza, en el trono purpurado sobre el cual tiende sus alas un águila y abre sus fauces un león, desfilan los altos dignatarios y guerreros, los hombres nobles de la corte, que, al pasar, hacen la reverencia. Poco á poco, uno por uno, pausadamente pasan. Frente al monarca se detienen cortos instantes, en tanto que un alto ugier galoneado dice los méritos y glorias en sonora y vibrante voz. El Emperador y sus hijas escuchan impasibles, y de cuando en cuando turba el solemne silencio roce de hierros, crujidos de armaduras.

* * *

Dice el ugier:

—«Este es el príncipe Rogerio, que fué grande en Trebizonda y Bizancio. Su aspecto es el de un efebo, pues apenas ha salido de la adolescencia; mas su valor es seme-

jante al del griego Aquiles. Sus armas ostentan un roble y una paloma, porque teniendo la fuerza, adora la gracia y el amor. Un día, en tierra de Oriente...»

El anciano imperial acaricia su barba argentina con su mano enguantada de acero, y mira á Rogerio que, delicado y gentil como un san Jorge, se inclina con la diestra en el puño de la espada, con exquisita arrogancia cortesana.

* * *

Dice el ugier:

—«Este es Aleón el marqués. Constantinopla le ha admirado vencedor, rigiendo con riendas de seda su caballo negro. Es Aleón el mago, un Epifanes, un protegido de los portentosos y desconocidos genios. Dícese que conoce hierbas que le hacen invisible, y que posee una bocina labrada en un diente de hidra, cuyo ruido pone espanto en el alma y eriza los cabellos de los más bravos. Tiene los ojos negros y la palabra sonora. En las luchas pronuncia el nombre de nuestro Emperador, y nunca ha sido vencido ni herido. En su castillo ondea siempre una bandera negra.»

Aleón, semejante á los leones de los ardientes desiertos, pasa. La princesa mayor, vestida de rosado, clava en él una rápida y ardiente mirada.

* * *

Dice el ugier:

—«Este es Pentauro, vigoroso como el invencible Herakles. Con sus manos de bronce, en el furor de las batallas, ha abollado el escudo de famosos guerreros. Usa larga la cabellera, que hace temblar heroica y rudamente como una fiera su melena. Ninguno corre como él al encuentro de los enemigos y bajo la tempestad. Su abrazo descoyunta y parece estar nutrido por las mamas henchidas de una diosa yámbica y marcial. Huele á bestia montaraz y come carne cruda.»

La princesa del traje azul no deja de contemplar al caba-

llero tremendo que con paso brusco atraviesa el recinto. Sobre su casco enorme se alza un grueso penacho de crin.

* * *

Del grupo de los que desfilan se desprende un joven rubio, cuya barba nazarena parece formada de un luminoso toisón. Su armadura es de plata. Sobre su cabeza encorva el cuello y tiende sus alas olímpicas un cisne de oro.

Dice el ugier:

— «Este es Heliodoro, el Poeta.»

Ve el concurso temblar un instante á la princesa menor, á la princesa Diamantina. Un alba se enciende en el blanco rostro de la niña vestida de brocado blanco, blanca como un maravilloso alabastro. Y el diminuto pájaro de carmín que tiene las alas tendidas, al llegar una abeja del país azul á la boca en flor de miel ideal, enarca las alas, encendidas por una sonrisa, dejando ver un suave resplandor de perlas...

Rubén Darío.

1893.

DE FLOR EN FLOR

De flor en flor, cual céfiro travieso,
va el niño en su candor,
y deposita un inocente beso
de flor en flor.
De flor en flor, cual mariposa leve,
va el mozo soñador,
y sus primeras ilusiones bebe
de flor en flor.
De flor en flor, cual codiciosa abeja,
va el hombre con su amor,
y agravio y mancha y amarguras deja
de flor en flor.
De flor en flor, con insensato alarde,
va el viejo seductor,
y le gritan mofándose: «Ya es tarde,»
de flor en flor.

Emilia Pardo Bazán.

¡VIEJA!

Nada á Madama Sevigné consuela
del inmenso dolor de hacerse vieja.

No importa que callada, altiva siempre,
la veas descender del áureo trono
que le dieron la gracia y la belleza
y el juvenil encanto de su rostro.

—

No importa que su labio no dibuje
el pliegue que delínean los sonrojos,
ni que vele un suspiro la tormenta
que hierve bullidora, sin reposo.

—

Es simple superficie, manso lago
cuyas aguas no riza aleve noto;
nube que el rayo traicionero esconde
bajo el encaje de su velo de oro.

—

El mundo no lo sabe, ¿á qué decirlo?
callâronse sus labios y sus ojos...
¡Pero cuánta amargura acumulada
del pobre corazón en lo más hondo!

—

¿Abdicar? ¿cómo abdica de repente
la que tuvo de gracias un tesoro,
y objeto de homenajes y lisonjas
fué reina de un pasado venturoso?

—

¿La que tuvo el cabello que á la noche
le robara misterio y negros tonos,
y hora en hilos plateados no dibuja
los hechizos que fueron de su rostro?

—

La que supo irradiar en su pupila
todo el fuego del sol esplendoroso,
y en su boca, que fué nido de perlas,
la sonrisa, el encanto, el abandono?

—

¡Y dejar de soñar!... y de esos sueños,
que acaso fueron realidades de oro,
ver tan sólo de lejos los fulgores...
¡Toda la dicha convertida en polvo!

CAROLINA FREIRE DE JAIMES.

Buenos Aires, Mayo de 1893



Pensamientos

—

La condición de extranjero, más que el medio en que esta condición se realiza, es lo que emancipa.

—

En cuestiones de Arte, á mi entender, se debe hablar más de expresión que de belleza.

—

La igualdad intelectual de la mujer y del hombre si puede ser ventajosa para la mujer como individuo, no lo será nunca para la colectividad.

—

La instrucción de la mujer debe ser, ante todo, artística.

—

La felicidad es el placer.

—

Toda revolución es el término de una serie de evoluciones.

CARLOS VEGA BELGRANO.

Buenos Aires, 1893.



VISTIÉNDOSE PARA EL BAILE

Á MI QUERIDO AMIGO, EL DISTINGUIDO ESCRITOR ÁNGEL MENCHACA

Del lujo que en mal hora te sedujo,
reniego una y mil veces, Rosalía;
¿qué demonios de falta te hace el lujo,
si estás, sin él, más bella todavía?
—¿La sencillez prefieres?
—Sí, y no me mires con la faz adusta,
pues esa sencillez que á tí te asusta,
es el lujo mejor de las mujeres.
De ello estamos los más ya convencidos
y en vano rebatir mi axioma intentas...

—Por la cuenta que os tiene á los maridos.
—¿Por la cuenta? es verdad... y por *las cuentas.*
—¿Eso te arredra?
—¡Claro!
y nada tiene mi temor de raro.
—Pero tiene muy poco de galante;
si en vez de tu mujer fuese tu amante,
no serías conmigo tan avaro.
Mi lujo es tu constante pesadilla
y no hay razón para ello, ¿quién lo duda?
ya ves que mi *toilette* es bien sencilla.
—Es verdad, porque estás casi desnuda.
—Pues rebelde á las modas,
no quieres darme, de tu fama en daño,
para vestir como se visten todas,
y en vano á tí se acude
con lágrimas y quejas, no es extraño
que en lugar de *vestirme,* me *desnude.*
—Aún no sé porqué diablos te lamentas
cuando en trapos se van todas mis rentas.
—¡Qué falsedad! tu audacia no me explico...
pero déjame en paz, te lo suplico,
y basta ya de cuentos...
—Y de cuentas.
—Cualquiera al escucharte pensaría
que no me niegas nada,
y es tal la suerte mía
que me veo... ¡qué más! hasta privada..
—De estrenar un vestido cada día.
—¿Acaso te incomoda
que me empeñe en seguir la última moda?
—No, y que tal creas, en verdad, me ofende...
mientras sea *la última,* se entiende.

Casimiro Prieto.

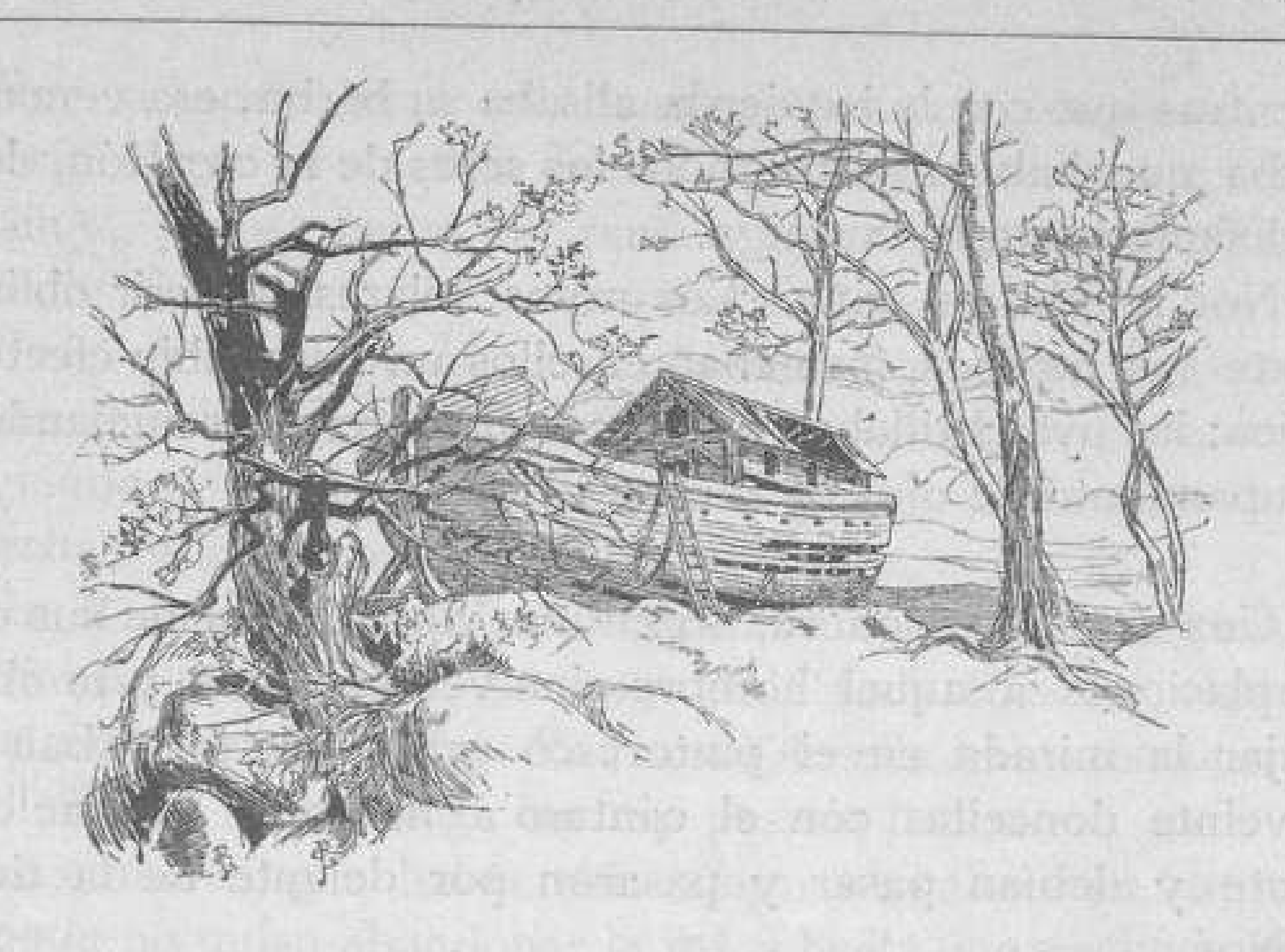
DE HORACIO

Donec felix eris ..

Te brindarán su amistad
los hombres, si ven que subes
y gozas felicidad.
Si en tu cielo asoman nubes
¡qué espantosa soledad!

C. Malagarriga.

1893.



EL SUEÑO DEL PATRIARCA

Á J. FEDERICO BARRETO

Hacía más de doscientos años que el arca de maderas labradas, larga de trescientos codos, ancha de cincuenta, alta de treinta y barnizada por fuera con betún de Judea, reposaba solitaria sobre los montes de Armenia.

La tierra estaba de nuevo poblada. Los hombres agrupaban sus tiendas ó sus casas á la orilla de los ríos, en la proximidad de las fuentes ó en las cercanías de los pozos; y en la extensión de la tierra tornaba á reverdecer toda suerte de árboles y hierbas: las palmas en los desiertos de abrasadora arena; los cedros, los robles, los pinos y demás ramados gigantes en los valles y montañas; los árboles frutales en los huertos velados al ojo del curioso por cercos punzantes, y las amarillas espigas de grano en los campos abiertos al aire y al sol.

***

La tarde caía sobre las bíblicas llanuras del Asia.

Noé, de pie á la puerta de su tienda, miraba su viña.

Tenía la mano derecha apoyada en un grueso bastón,

mientras que con la izquierda alisaba su barba, esa venerable barba que habían visto todos los seres de la creación, desde el elefante hasta la hormiga.

Noé miraba su viña. Los rayos solares, al herir oblicuamente los racimos, formaban en ellos un admirable efecto de óptica: las uvas brillaban como con luz interna, semejando un agrupamiento de ojos de mujer.

* * *

Una carcajada sonora, argentina, vino á sacar de sus contemplaciones á aquel hombre cien veces abuelo, y le obligó á fijar la mirada en el pintoresco grupo que formaban más de veinte doncellas con el cántaro al hombro. Venían de la fuente y debían pasar y pasaron por delante de la tienda de Noé.

Unas eran rubias, otras morenas; pero todas de grandes ojos rasgados, dormidos, húmedos, y de mejillas teñidas por la naturaleza con el rojo de las manzanas maduras. Sus desceñidas abiertas túnicas ya dejaban ver el nacimiento de magníficas gargantas, ya el contorno de senos virginales, tímidos y blancos como palomas de los pinares de Senaar. En los desnudos brazos resplandecían los brazaletes de plata y oro, recuerdos del cariño paternal, ó acaso prendas del amor, jurado á la orilla de la fuente ó á la sombra de los palmares.

Y Noé las vió pasar una por una á ésta alegre, á aquélla melancólica; á todas con el cántaro al hombro y la canción en los labios.

Pasaron entre él y su viña.

* * *

La tarde era tibia y convidaba al reposo.

Noé hizo sacar una piel de camello, que tendió á la entrada de la tienda y se echó á dormir.

Pronto soñaba.

En su mente se sucedían unas tras otras escenas de la vida de los pueblos futuros, como se sucede, rápida y brillante, una serie de cuadros fantásticos en la tela de un kaleidoscopio.

He aquí una de ellas.

Noé se acercaba á una inmensa construcción de aspecto sombrío. Era un castillo feudal con sus almenas, fosos y rastrillos, cuyos muros de piedra guardaban el sueño de un tiranuelo que se llamaba: «el señor Conde.»

Noé, después de un instante de vacilación, atravesó el puente levadizo, penetró en un patio pequeño, y desde allí fué guiado por un pajecito hasta una gran sala alumbrada por antorchas y lámparas de perfumado aceite.

En el centro de la sala se levantaba una mesa cargada de adornos de oro y plata, de flores y de toda clase de viandas. Era la mesa de un festín. En torno de ella había hasta doce caballeros de los de larga lanza y pesada tizona.

La comida, que había sido alegre, tocaba á su fin; pero el Conde no quiso abandonar la mesa hasta que sus huéspedes no hubiesen escuchado un poco de música y otro de canto.



* * *

—¡Llamadme al trovador!

Próximo á la mesa, en silla elevada y el arpa en la mano, estaba el trovador.

Vibró el arpa; he aquí el canto:

«Doblad, hermosas, el brazo alabastrino y sacad en jarro de oro de las ánforas griegas el vino luminoso.

»Verted en las copas de cristal coronadas de flores los rubíes líquidos, y bebed, los sabios, los guerreros y los poetas.

»¡Salve á tí, vino de Chipre! Tu onda amarilla semeja una disolución de cabellos rubios.

»¡Bebed por las castellanas de ojos azules!

»Bebe tú, el sabio, porque en el fondo de la copa está la sabiduría; tú, el guerrero, porque el vino enciende la sangre del valiente, y tú, el poeta, porque en el perfume que se eleva de la copa está el espíritu de los sueños y de las fantasías.

»¡Salve á Noé, que nos dió el humor encendido de la uva negra! ¡Gloria á este vino, que parece sangre de las rosas purpúreas!

»Bebamos por las rubias el vino de oro, por las morenas el vino de púrpura.

»Tú, el abuelo de cabellos blancos, bebe de la ánfora etrusca el vino añejo, y sentirás que por tus venas circula sangre de fuego, como en la primavera, ya cincuenta veces marchita, de tu vida.

»¡Bebe y sé feliz!

»¿Quién dió fuerza al amante para escalar la elevadísima torre del castillo? La onda roja de las copas de Italia.

»¿Quién puso en los labios de tu amada el perfume embriagador? El áureo zumo de los viñedos de Italia.

»¿Quién dió á sus ojos la humedad brilladora y lánguida? El vino de su viña.

»Colma, copero, colma hasta el borde los vasos de cristal coronados de flores; en los blancos el tinto, en los rojos el blanco!

»Colma, copero, colma los vasos de colores; porque el líquido que viertes en ellos tiene un principio de vida!

»Filósofo, filósofo, tú que preguntas á tu cabeza el por qué de la vida, bebe y embriágate, porque en la embriaguez está la felicidad que no encuentras con tus silogismos.

»¡Embriágate y serás grande!

»Tú, el astrónomo de larguísima barba, no te recuestes boca arriba en el campo, para seguir el curso de las estrellas; bebe el ámbar líquido que lloran las uvas blancas.

»¡Embriágate y verás que tu cabeza es un hervidero de estrellas!

»¿Ves? El cielo mismo tiene la forma de una inmensa copa azul.

»¿Quién bebe en ella?

»¡Salve á Noé, dos veces padre de la humanidad! Repobló la tierra y nos dió el vino.

»El agua subió quince codos sobre las más altas montañas; el vino un codo más.

»¡Salve, mil veces salve, al émulo de los dioses griegos!

»¡Los bárbaros invadieron la Italia, porque querían vino!

»¡Salve, oh vino!

»¡Salve, mil veces salve, á tí, Noé! Nos diste el vino amarillo, que es disolución de cabellos rubios en gotas de rocío, y el rojo, que es sangre de mejillas de morenas.»

Calló el trovador.

El Conde mandó á Noé una copa de vino rubio. El patriarca bebió.

* * *

Noé había dormido media hora. Al despertar se pasó la lengua por los labios, como quien saborea algo.

Entre las hojas de la parra brillaban los racimos como con luz interna, y las uvas semejaban un agrupamiento de ojos de mujer en la sombra...

VÍCTOR G. MANTILLA.

Lima, 1893.



LEYENDO LA HISTORIA DE COLÓN



—Yo no he visto una estrella más menguada
que la del tal Colón, esposa amada;
con él, que es de los siglos maravilla,
hasta los buenos se le muestran malos:
le protege la corte de Castilla
y, sin ver que le humilla,
le hace marchar, para embarcarse, ¡*á Palos!*

EPIGRAMA

—¡Una limosna, por Dios,
á este pobre, señorito,
que por su desdicha está
lleno de mujeres é hijos!



CONSTELACIONES

EL HOMBRE

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

LAS CONSTELACIONES

¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
escucha tú, que en noches de oscuridad tranquila
nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
la súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escucha tú, poeta, que en noches estrelladas
cual bajo augusto templo descubres tu cabeza,
y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste
porque ha mirado al hombre. Su mente y nuestra lumbre
hermanas son. Por siglos de compasión, existe
en astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante
luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos,
volver hacia nosotros la vista suplicante,
tender hacia nosotros las temblorosas manos;

y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
oasis donde salten aguas de vida eterna;
ya llega, llama, — y sale con su ánfora la Muerte
brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas vimos trocarse en lodo;
vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa:
el ideal anhela, requiere lo infinito,
crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al hombre, que lumbre y lodo encierra,
mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
tocada la sandalia con polvo de la tierra,
tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames—conduele tu lamento;
poeta no nos mires—nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
tus ojos, ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
con íntima dulzura miramos pesarosas,
nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas
nosotras—las radiantes—vuestras oscuras fosas.

EL HOMBRE

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo á solas
el mar con sus oleajes, la tierra con sus hombres;
¿y al fin en mudas playas deshácense las olas,
y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia lo eterno sube?
Decid, astros, presentes á todo sufrimiento:
la ola evaporada forma un cendal de nube,
¿y el alma agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco á todo canto;
al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
y como incienso humano que abrasa el fuego santo,
al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos á todo cuanto existe
y espirarán, en medio de hielos y amarguras,
los últimos dos hombres sobre una roca triste,
las últimas dos olas sobre una playa oscura.

Y moriréis ¡oh, estrellas! en el postrero día...
mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

JOSÉ RIVAS GROOT.

Bogotá.

NUESTROS COLABORADORES ARTÍSTICOS



Don Vicente Nicolau Cutanda

DISTINGUIDO PINTOR Y DIBUJANTE ESPAÑOL

NICOLAU CUTANDA

CONVERSACIÓN

Si es verdad que es el rostro el espejo del alma, no lo es menos que la cabeza delata siempre al genio. Unos ojos mortecinos, una frente comprimida, una cabellera hirsuta, rara vez tienen por propietario á un hombre de valer. Éste para manifestarse apela generalmente á pelo ensortijado, ó lacias, aunque artísticas melenas, frente ancha y despejada, ojos vivos, chispeantes, en los que ría el cielo en las horas de alegría ó fulgure el rayo en los momentos tempestuosos. No se comprende el talento manifestado físicamente de otro modo.

Ved á Cutanda, pero... ¿quién es Cutanda?

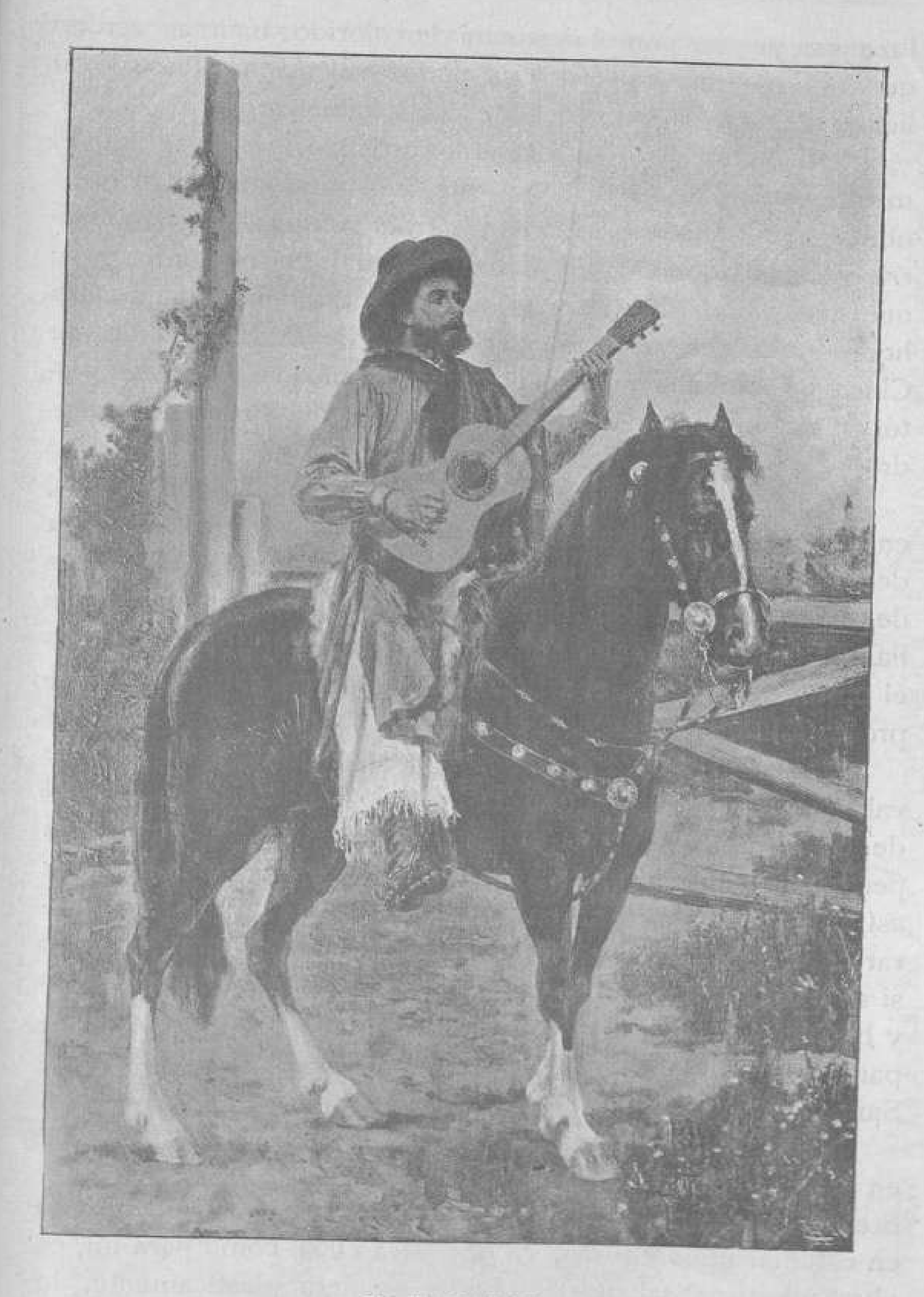
Cutanda es valenciano, saguntino, y con decir eso, dicho se está que siente el arte, y que ama el cielo, la luz y las flores. Con llevar ya algunos años de ausencia de su patria, aún le parece que le besan las auras valencianas, y aún traslada al lienzo los ricos colores de la huerta de su país, los vivos matices de las flores y praderas por el Turia bañadas; aún hay en sus cielos la diáfana transparencia del cielo de aquella patria, hogar de ensueños y de amores.

Y casi ya lo he dicho todo.

Cutanda nació pintor, y nació, si mis informes no engañan, por los años 1854. Joven, casi niño, aprendió el arte de Apeles para convertirse pronto en cultivador del de Murillo.

Desde entonces, bien puede decirse que «no dió paz á la mano;» y si en España sus lienzos le valieron once premios, el nombramiento de Presidente de la sección de Bellas Artes del Ateneo de Valencia, y, finalmente, el de Caballero de Isabel la Católica; en la República Argentina sus cuadros le han dado merecida fama y granjeado cariñosas simpatías.

Artísticamente considerado, Cutanda pertenece á la escuela de su país, la valenciana; escuela en que el derroche de



EL PAYADOR

Copia de un cuadro del pintor español don Vicente Nicolau Cutanda

luz corre parejas con el derroche de colorido; bien es verdad que no se comprendería á un pintor valenciano llevando al lienzo los oscuros tonos de la escuela flamenca.

Pero ¿habré dicho un disparate artístico? ¿No está aquí el mismo Cutanda para desmentirme, mostrándome, entre otras obras suyas, el sombrío *Monte de las ánimas*, *La Visión de fray Martín*, que está en Madrid, si mal no recuerdo, y su nueva *Visión de fray Martín*, monumental lienzo que á estas horas embellece los artísticos salones de la Exposición de Chicago? ¿No nos mostró hace pocos años su *oscuridad* pictórica exponiendo y vendiendo al mismo día su hermoso cuadrito *Un sueño?*

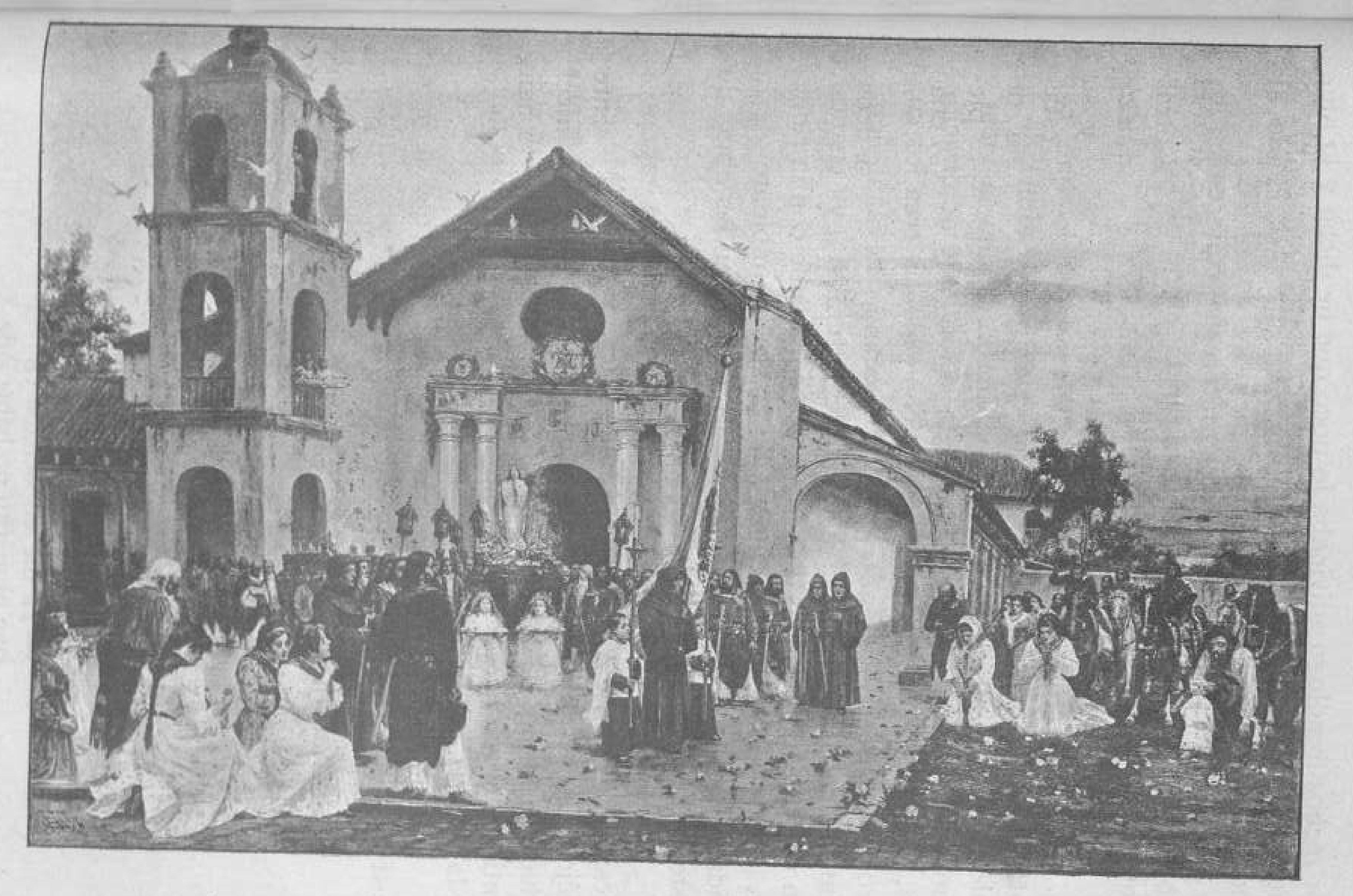
No lo creo, sin embargo: aun en esos cuadros fantásticos, en que para mí Cutanda revela todo su talento y la valentía de su imaginación; aun en esos lienzos en que los chispazos de su inteligencia son tonos grises y manchas casi negras las llamaradas de su genio, aun en esas obras, repito, Cutanda es el pintor valenciano, el artista único que en estas playas representa la famosa escuela de Juan de Juanes.

El cuadro *Fiesta á la Pura* es una obra genuinamente valenciana, y la última que ha brotado del infatigable pincel de Cutanda. Sus viajes al interior de esta República le han permitido estudiar el campo argentino y sus pobladores, y así en este lienzo, como en otros anteriores, se pueden admirar criollas y gauchos, tipos verdaderamente hermosos, que si se han borrado en los grandes centros lucen aún sus gracias y hechizos, sus chiripás y botas de potro en las anchurosas pampas ó en las encantadoras comarcas correntinas ó de Santa Fe.

Los argentinos, amantes de su país y de ver perpetuados en el lienzo las tradiciones de su patria y los usos y costumbres de su campo, agradecen sin duda á Cutanda su empeño en estudiar unos y otras, ya que para ellos, como para mí, es obra meritoria salvar del olvido, siquiera plásticamente, lo que un ciego cosmopolitismo va esfumando.

Ahora sí que ya lo he dicho todo.

¿Verdad que con mirar el retrato de Cutanda, el observa-



FIESTA Á LA PURA, EN SANTA FE (REPÚBLICA ARGENTINA) Á PRINCIPIOS DE SIGLO

Copia del cuadro del reputado pintor español Vicente Nicolau Cutanda

dor menos frenólogo adivinaba lo poco que he dicho y lo mucho que callé? ¿Verdad que en aquella mirada se descubre el genio?

No sé quién ha dicho que los pintores se conocen en los ojos: creo que es verdad. Con mirar la efigie de Nicolau Cutanda se sabe todo.

Y basta de conversación.

Perdóneme el eximio artista el flaco servicio que con estas líneas le hago, ya que ellas no están ni á la altura de su talento, ni á la altura de sus méritos: pero... si ata la vieja y cariñosa amistad ¡cuánto más no ata la ferviente admiración! Sí, admiro á Cutanda, ya cuando con valentía crea los cuadros fantásticos á que antes aludí, ya cuando lleva al lienzo simples cabecitas en que alardea de naturalista, ya cuando, en fin, en sus cuadritos de género nos sorprende con la riqueza del colorido, la transparencia de la luz, el ambiente de la vida. Que todo esto, y aún mucho más, hay en las obras de este artista.

Un secretito para terminar: como el talento se impone á despecho de la envidia ó de la ignorancia, y como Mecenas dejó, aunque raros, algunos discípulos, el infatigable Cutanda vive con holgura y sus cuadros son apreciados por cuantos entienden que nada ennoblece tanto al hombre como el culto á la belleza.

¡A qué menos puede aspirar el artista sino á que se haga justicia á sus méritos y se premien sus afanes!

R. Monner Sans.

Buenos Aires, Junio 1893.

UN NOBLE SIN MÉRITOS

—La cuna me ennobleció,
dijo un tonto presumido;
y un sabio le contestó:
—Ya me sospechaba yo
que el mérito no había sido.

Francisco A. de Figueroa.

ILUSIONES ALCOHÓLICAS



—¿Tú monarca? pues no atino
cómo aún vistes tales ropas.
—¡Juro que soy rey!
—*De copas.*
—Y por derecho...
—*De-vino.*

EPIGRAMA

Tan flaca es doña Violante,
que una píldora tomó
y su esposo la creyó
en estado interesante.



NOHELA

(CUENTO RUSO DE JORLOË)

Cual el campo de batalla
de una guerra de albos cisnes,
la tierra es blanca en la isla
que está del mundo en los lindes;
y los raudos remolinos
de la nieve, cuando libre
sopla el cierzo estremeciendo
la compacta superficie,
como aletazos parecen
de las aves que se embisten.
Bajo el cielo envuelto en brumas
donde espesas nubes siguen
pesadamente su marcha,—
híspidas sombras horribles,—
yacen Rosborg y Nohela
sentados, mudos y tristes,
junto á un pino cuyas ramas
vidriosa escarcha comprime,
arrecidos en sus mantos
de tupidas pieles grises.
No hay más sol en la isla pálida;
—perpetuo invierno allí rige,—
que los sueltos rizos blondos
en sus sienes de alelíes,
ni más calor que el aliento

de sus labios juveniles.
Yerto, algún pájaro, á veces,
rompe las nieblas tangibles
y cae al suelo volteando
en la nieve á confundirse.
Nohela, blanda y cariñosa,
así á su amante le dice:
—¿En qué piensas, Rosborg mío?
¿Qué idea te embarga?... Dime,
¿no eres feliz? ¿No te amo?
¿no he dejado por unirme
á tí, la gruta escondida
donde mis padres ¡ay tristes!
y mis hermanos me lloran
ó, con razón, me maldicen?
¿No te he consagrado ¡ingrato!
toda mi pasión de virgen?
—¡Oh, Nohela! ¡Oh, dulce amada!
responde él, doliente, humilde;
me has hecho graciosa ofrenda
de tus encantos gentiles,
y unidos nos ven las noches
solitarias y apacibles;
pero siento, á pesar mío,
como el ansia ineludible
de un deseo, una quimera,
que me subyuga y me rinde.
Sueño en las bellas comarcas
de claridades sin límites,
que los náufragos que arriban
á estos desiertos confines
recuerdan con llanto y pena.
—¿Y tú en lejanos países
piensas, estando á mi lado?
¿A qué esos sueños te finges?
—¡Dulce Nohela! Allí ocultos
en soledad que no aflige,
hay bosquecillos tan tibios
de lilas y de jazmines,
que en ellos, á las caricias
de perfumes invisibles,
pueden mostrar sus encantos
á sus amados las vírgenes
dulces como tú, Nohela.
Los que son allí felices
la blancura palpitante
del vivo mármol perciben

lleno de dulces promesas,
y de los brazos flexibles
anudados á su cuello
en consorcio inextinguible.
Yo, que tus gracias adoro,
de mi amor preciosos dijes,
sólo tus ojos he visto
y tus labios carmesíes
bajo la gruesa capucha
que te aprisiona y te ciñe.
¡Qué linda serás, Nohela!...
—¿Y la pena que te oprime
tanto, Rosborg, no es más que esa?
—¡La que tenaz me persigue!
—¡Antes me lo hubieras dicho!
contéstale con voz triste.
Y, de pronto, en el instante
en que rasga las tangibles
nieblas un pájaro yerto,
su manto de pieles grises
desprende Nohela y le arroja
de sí con ánimo firme...
—¡Visión! ¡Visión!... extasiado
exclama Rosborg,—despiden
ardientes llamas sus ojos.
¡Oh carne divina! dice;
¡oh belleza incomparable!...—
Pero pálido, insensible,
no agrega más, ¡pues Nohela
sobre la tierra infelice
yace muerta, blanca, fría,
cual hermosísimo cisne!

JOAQUÍN VALMAR.

Buenos Aires, 1893.

FIN

DICCIONARIO

GEOGRÁFICO ARGENTINO

POR

Francisco Latzina

SEGUNDA EDICIÓN

MAGNÍFICAMENTE ILUSTRADA CON MÁS DE 80 VISTAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Contendrá más de 22,000 descripciones y cinco apéndices estadísticos

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La importante obra DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO se publica por cuadernos de ocho entregas de cuatro páginas en folio, magníficamente impresas en papel glaseado, tipos nuevos y elegantes, y va adornada con preciosos grabados intercalados en el texto, y un magnífico mapa de la República Argentina.

Cada semana se reparte un cuaderno de ocho entregas con toda puntualidad.

Toda la obra constará de unos 25 cuadernos.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

BUENOS AIRES

Librería de EL SIGLO ILUSTRADO

CERRITO, 170 Y 174



Muestra de los grabados que adornan el DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO